

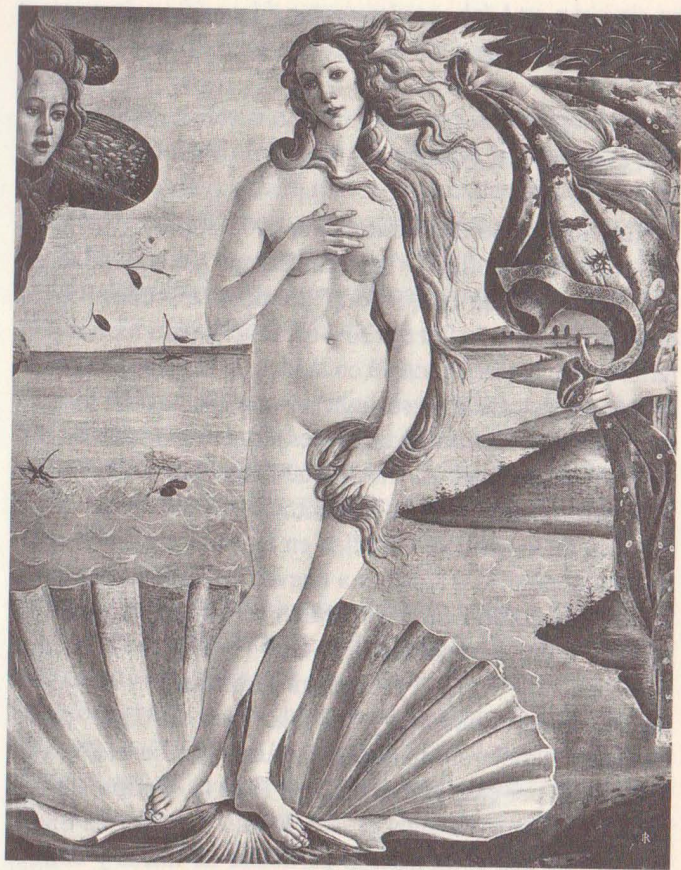
el cajón con las cucharas. Los objetos bellos no sirven a finalidades humanas corrientes como hacen los platos y las cucharas. Una bella rosa nos agrada, pero no porque necesariamente queramos comérmola o siquiera cogerla para un ramo. La manera que tuvo Kant de reconocer esto fue decir que algo bello tiene «intencionalidad sin intención». Esta curiosa expresión precisa desentrañarse más.

BELLEZA Y DESINTERÉS

Percibir la rosa roja como bella no es meterla en mi armario mental de cosas con la etiqueta de «belleza», como tampoco me limito a arrojar a la repugnante cucaracha en mi cubo de basura mental de cosas «feas». Pero hay en esos objetos unos rasgos que casi me obligan a etiquetar de esa manera («causan» que lo haga). La rosa tiene sin duda su propia finalidad (reproducir nuevas rosas), pero no es ésa la razón de que sea hermosa. Hay algo en la disposición de sus colores y texturas que impulsa a mis facultades mentales a sentir que el objeto es «como debe ser». Es a esta corrección a lo que se refiere Kant cuando dice que los objetos son intencionales. Etiquetamos un objeto como bello porque promueve una armonía interna o «libre juego» de nuestras facultades mentales; llamamos «bello» a algo cuando suscita este placer. Cuando uno llama bella a una cosa afirma con ello que todo el mundo debe estar de acuerdo. Aunque la etiqueta es impulsada por un sentimiento o consciencia subjetiva de placer, tiene supuestamente una aplicación objetiva al mundo.

Kant advirtió que el goce de la belleza era distinto de otros tipos de placer. Si una fresa madura que hay en mi jardín tiene un color de rubí, una textura y un olor tan deliciosos que me la meto en la boca, el juicio de belleza ha sido contaminado. Con el fin de apreciar la belleza de esta fresa, piensa Kant que nuestra respuesta tiene que ser desinteresada, independiente de su propósito y de las sensaciones placenteras que produce. Si un contemplador reacciona a la belleza de la *Venus* de Botticelli con un deseo erótico, como si fuera una *pin-up*, en realidad no está apreciándola por su belleza. Y si alguien disfruta contemplado un cuadro de Tahití de Gauguin mientras fantasea con la idea de irse allí de vacaciones, ya no tiene una relación estética con su belleza.

Kant era un cristiano devoto, pero no pensaba que Dios desempeñara un papel explicativo en las teorías del arte y la belleza. Hacer arte bello requiere *genio* humano, la capacidad especial de manipular unos materiales para que creen una armonía de las facultades que haga que los contempladores reaccionen con un disfrute a distancia. (Examinaremos más a fondo un ejemplo, los jardines de Le Nôtre en Versalles, en el siguiente capítulo.) En suma, para Kant la estética se experimenta cuando un objeto sensorial estimula nuestras emociones, intelecto e imaginación. Estas facultades son activadas en un «libre juego» y no de una manera más centrada y deliberada. El objeto bello atrae a nuestros sentidos, pero de una manera fría y distanciada. La *forma* y el diseño de un objeto bello son la clave del importantísimo rasgo de la «intencionalidad sin intención». Reaccionamos a la corrección de diseño del objeto, que satisface a nuestra



2. Muchas personas piensan que el arte tiene que ser bello y que los desnudos tienen que ser dioses y diosas griegos, como la Venus del Nacimiento de Venus de Sandro Botticelli.

imaginación e intelecto, aunque no estemos evaluando el propósito del objeto.

EL LEGADO DE KANT

Kant desarrolló una descripción de la belleza y de nuestras reacciones a ella. No era lo único que había en su teoría del arte, ni insistió en que todo arte deba ser bello. Pero su descripción de la belleza pasó a ser crucial para teorías posteriores que hacían hincapié en la idea de la respuesta estética. Muchos pensadores sostuvieron que el arte debe inspirar una respuesta especial y desinteresada, una reacción de distancia y neutralidad. La visión que tenía Kant de la belleza tuvo ramificaciones hasta bien entrado el siglo xx, ya que la mayoría de los críticos insistían en la estética cuando apremiaban al público a apreciar a nuevos artistas que suponían un desafío, como Cézanne, Picasso y Pollock. Algunos escritores sobre arte como Clive Bell (1881-1964), Edward Bullough (1880-1934) y Clement Greenberg (1909-1994) tenían diversas opiniones y escribían para diferentes públicos, pero adoptaron actitudes comunes con la estética de Kant. Bell, por ejemplo, destacó en 1914 la «Forma Significante» en el arte en lugar del contenido. La «Forma Significante» es una combinación particular de líneas y colores que agitan nuestras emociones estéticas. Un crítico puede ayudar a los demás a ver forma en el arte y a sentir las emociones resultantes. Estas emociones son especiales y elevadas. Bell hablaba del arte como un exaltado encuentro con la